



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

MAESTROS COMPOSITORES

MANUEL NIETO



Lit. de Brabo, Desengañw. 14 y Carbon. 7. Madrid.

Nieto que no necesita
abuela, gracias á Dios,
porque le alabamos todos
con muchísima razón

SUMARIO

TEXTO.—De todo un poco, por Luis Taboada.—La de los líos, por Eduardo Bustillo.—El regimiento de desecho, por Sinesio Delgado.—Mi duelo con Gayarre, por Antonio Peña y Gofí.—Fábulas, por José Estremera.—Oriental, por José Borrás.—A Carmen, por Eustaquio Cabezón.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS.—Manuel Nieto.—El Sr. de López.—¡Hay clases!, por Cilla.



Eso de la falsificación de la leche de burras ha caído como una bomba en el seno de las familias que están en la lactancia.

Se ha descubierto que se mistifica el jugo de esos cuadrúpedos medicinales, y casi nadie osa beber el medicamento sin conocer antes personalmente á la burra nodriza.

Los que no quieren enfriarse, encargan á sus domésticos que bajen á ver si la burra es burra, ó si es otra cualquiera persona dedicada al comercio ilícito.

—¿Tienes seguridad de que esto viene por buen conducto?—preguntan antes de tomar la medicina.

—Sí, señor; yo mismo he visto á la interesada, y la conozco tan bien como á V.

Entonces el enfermo se tranquiliza, y bebe.

A una parroquiana muy aprensiva han ido á decirla que, en vez de leche de burras, los nuevos industriales venden polvos de asta de ciervo, disueltos en agua de Lozoya.

—No hay semejaute cosa—añadió un caballero de esos que lo saben todo.

—Hable V., por piedad—dijo la señora.

—Es leche, efectivamente; pero no de burra.

—¿De qué es entonces?

—De gata.

Ante esta terrible revelación, la señora se puso á mayar amargamente.

—Mire V.—siguió diciendo el caballero bien enterado.

—Hoy se falsifica todo. Días pasados fuí á comprar una petaca de piel de tiburón, y acabo de saber que es de piel de sastre.

Hay un dato para creer que no es de burras la leche que se vende por ahí.

El niño menor de los señores de Fernández, que venía nutriéndose con harina lacteada de burra joven, ha empezado á tomar la leche líquida, por prescripción del médico.

Ayer decía la mamá del niño con el mayor desconsuelo:

—La leche no es legítima; lo sé con toda seguridad. Cuando mi niño tomaba la harina de burra, no hacía más que cocear y ésta era la mejor prueba de la legitimidad del medicamento. Ahora que le estamos dando la leche líquida, ni siquiera rebuzna.

Sabe Dios á dónde pueden conducirnos estas falsificaciones. El mejor día salen ladrando por ahí unos cuantos caballeros.

Y resultará que en vez de leche de burras, han estado tomando leche de perras.

* *

El mal ejemplo cunde. En vista de la mala calidad del tabaco que expende el Gobierno, la iniciativa particular había creado fábricas de pitillos con el fin de ir exterminando poco á poco á la humanidad; pero lo supo el Gobernador civil, y para que no se ofendiese el Director de Rentas, dió con los nuevos fabricantes en la cárcel.

Los pitillos fraudulentos podían competir dignamente con los que elabora la patria y esto excitaba los celos de la autoridad, que quiere tener la exclusiva en esto de ir envenenando españoles.

Por lo demás, las fábricas venían funcionando desde hace algún tiempo, sólo que la policía no se había enterado hasta ahora. Harto ha tenido que hacer con reventar

estudiantes y dedicarse al fomento y desarrollo del cólera en la capital de la Monarquía.

A nadie ha sorprendido, sin embargo, la existencia de esos establecimientos clandestinos. Son tan malos los pitillos del Gobierno, que casi dan ganas de poner una fábrica, en la seguridad de que cualquiera puede hacerlos mejores.

Algunos cambian el papel, haciéndose la ilusión de que atenúan los malos efectos de aquel tabaco, que parece nacido y criado en Pontevedra; pero la generalidad de los consumidores fuman los pitillos al natural, porque están ya familiarizados con la muerte.

—Vaya, D. Laureano, fume V.—dice un meticoloso.—¿Quiere V. cambiar el papel?

—No, señor; no: estoy resuelto á todo—contesta el héroe; y cierra los ojos cada vez que chupa, como si esperase la explosión de un momento á otro.

Hay pitillos que se resisten al fósforo como si fueran de hierro colado; los hay que se inflaman súbitamente y lanzan chispas á manera de fuegos artificiales. Algunas veces quiere uno chupar y aspira un polvillo picante que se queda en la garganta y produce una tos igual á la de los perros constipados.

El tabaco nacional sabe á cocimiento de malvas, y hay quien dice que podría ser suplido con ventaja si nos decidiésemos á fumar manojitos de hoja de col, en vez de los cigarros escogidos que venden en los estancos.

* *

A todo esto el hambre ha aparecido en Asturias y no nos hemos enterado.

Dicen los periódicos que muchas personas tienen que alimentarse con raíces; otras, atormentadas por la necesidad, han llegado á devorar sus propias ropas, y están dispuestas á comerse al clero.

Suponemos que en esto debe haber algo de exageración. Desde que Mencheta escribe á diario, los demás periódicos, por imitarle, van más allá de lo que permite la verosimilitud de los hechos; pero de todos modos, conviene fijar la atención en la terrible desgracia que aflige á los asturianos...

Pero no; bastante tenemos ya con las cuestiones promovidas en el teatro de la Opera entre Stagno y Gayarre. Mientras no sepamos si, efectivamente, existen los catarros que preocupan hoy al mundo musical, no podremos hacer nada á derechas ni nos queda tiempo para conmovernos.

Los verdaderos amantes de la música van á enterarse todos los días de cómo tiene la garganta el tenor navarro, y algunos le han escrito cartas enviándole recetas... Una señora, que es ciega por la música, le ha dirigido un billete aconsejándole el uso de los sudoríficos. Entre otras cosas le dice lo siguiente:

«Sacrifique V. su belleza natural en bien de la salud y úntese V. con sebo la frente. También convendría que durmiese V. con un pañuelo de hierbas atado á la cabeza.»

* *

El frío continúa haciendo víctimas. Ya se han helado dos ó tres obras dramáticas, y es fácil que antes de que termine el invierno se hielen también algunos coliseos.

El único calórico que esperamos nos lo facilitará el señor Cánovas con sus obras literarias, á las que se consagra estos días con actividad febril.

Esperamos sus sonetos, para envolvernos en su ropaje.

LUIS TABOADA.

LA DE LOS LÍOS

Cruzando va calle abajo
la calle de la Montera
mujer de tan buena facha
como indefinible fecha.

Marca su moreno rostro
entre veinticinco y treinta,
para el placer cortos años
y largos para las penas.

Fué el placer el que, en su cara
pintando azules ojeras,
provocar quiso al deleite
del deleite con las huellas.

Ojos grandes son sus ojos
que abrasan si centellean,
y que fingen, si se entornan,
dulce y vaga somnolencia.

En su porte la elegancia
compite con la modestia,
y hay algo en su andar de ociosa
con arranques de impaciencia.

Consulta el reló amenudo
como quien se desespera,
y entra en las tiendas, acaso
por hacer tiempo en las tiendas.

Pero al recorrer la calle
sus líos en brazos lleva,
mostrando que va de compras
mujer que salió de venta.

Echóse ya sobre el rostro
el fino velo de seda,
cuya gnarnición de encaje
su alta frente festonea.

La Puerta del Sol cruzando
con temerosa impaciencia,
entre ociosos que la estorban
y curiosos que la observan,

ni ve al vago que la empuja,
ni al vendedor que la asedia,
ni al cochero que la grita,
ni al tonto que la requiebra.

Guía su ligera planta
la sed implacable y ciega
de un goce que, por vedado,
vale á veces lo que cuesta.

Va á donde va por instinto
que el apetito despierta,
sin vacilar de las calles
en las vueltas y revueltas.

Pero al llegar á la esquina
de una apartada plazuela
que al viejo Madrid denuncia
y al nuevo Madrid afrenta,

á través del denso velo
mira recelosa y trémula,
antes de entrar en la casa
que abre al impudor sus puertas.

Y cuando á su hogar doméstico
vuelve la dama á dar cuenta
de los líos de las compras
y lo caro de las telas,

no se ve ni en un asomo
del tinte de la vergüenza,
que líos que allí no abultan
son los líos que más pesan.

EDUARDO BUSTILLO.

EL REGIMIENTO DE DESECHO

I

Y va de historia, aunque parece cuento.
Había un regimiento
compuesto de soldados chiquitines,
torpes, endebles, ruines,
gente menuda, en fin, y desgraciada
que era el *hazme reir* de la brigada.

El general en jefe,
á la vista de tanto mequetrefe,
jamás utilizaba los servicios
de aquella colección de desperdicios;

Por lo cual no es extraño
que llevando en campaña más de un año
no hubiera entrado en fuego
ni se hubiera arriesgado en la batalla
lo que con gran despego
llamaba todo el mundo *la morralla*.

II

El combate empezó con la alborada,
apretaban de firme los cañones
y aunque hacía prodigios la brigada,
no podía tomar las posiciones.

Apenas se formaban en el llano
las columnas de ataque, el enemigo
deshacía las huestes, al abrigo
de un reducto cercano.

Al toque de corneta,
bajo una espesa lluvia de metralla
se arrojó todo el mundo á la muralla,
calando bayoneta.

Vana temeridad. Nadie podía
tomar la batería,
porque al llegar allá los batallones
los hacían pedazos los cañones
y había que emprender la retirada
con la gente diezmada.

Furioso el general, ante la idea
de perder la partida en la pelea,
mandó á buscar la muerte
en el rudo fragor de la batalla
á quien quiso el capricho de la suerte,
y le tocó morir á la morralla.

III

El pobre regimiento de desecho
se formó en un repecho,
entretanto que el resto de la gente
se reía á mandíbula batiente.

Rabioso el coronel, se puso al frente
y dijo:—¡A ver, muchachos,
como saben morir los mamarrachos!
¡Arriba! y ¡viva España!

Preludió la charanga el paso doble,
y el macizo montón de gente innoble
empezó la ascensión á la montaña.

Llovían proyectiles,
mas la columna prosiguió tranquila
sin disparar, al hombro los fusiles,
y sin romper la fila.

A pecho descubierto, á campo raso

subían los soldados decididos,
dejando como huellas de su paso
un reguero de muertos y de heridos.

Al encontrarse al pie de las trincheras
la poca gente que llegó con vida
desahogaron los hombres, como fieras,
la rabia tanto tiempo comprimida.

Y tomado el reducto, la morralla
el éxito marcó de la batalla.

IV

De cien hombres constaba el regimiento,
que tenía dos mil; pero los ciento
tornaron á bandera desplegada
para ocupar su puesto en la brigada.

SINESIO DELGADO.

MI DUELO CON GAYARRE

¡Me he batido con Gayarre! Sí, señor; no puede caberme la menor duda. ¡Me he batido con Gayarre! He tenido la honra disparatada de encontrarme en el campo del honor con el *non plus ultra* de las actuales celebridades artísticas.

Un periódico soltó hace ocho días la siguiente noticia:

—«Háblase de un lance personal pendiente entre un célebre tenor y un conocido crítico de teatros.»

Yo he colgado la pluma por ahora, no escribo críticas musicales en ningún periódico, yo no he oído ni visto á Gayarre desde que el conspicuo tenor hace las delicias de la corte, cuando canta, y las delicias de Alicante, cuando no canta.

¡Y sin embargo me he batido con Gayarre! El suelto se refería á mí.

Isaac Albeniz me encontró recientemente en la calle y vino á mí todo conmovido:

—Ya sé que el duelo ha sido en Aranjuez. ¿Qué tal se encuentra V.?

El maestro Villate tropezó conmigo, muy pocos días hace, y me interrogó lleno de emoción:

—¿Qué tal van las heridas? Anoche, en el escenario del teatro Real, no se hablaba de otra cosa.

Zozaya me dijo:

—Ya sé que te has batido con Gayarre. Dame detalles, que quiero contar el lance en la *Correspondencia Musical*.

En la calle, en los establecimientos que frecuento, en todas partes donde me encontraba á un amigo, la pregunta me perseguía como una pesadilla.

—¿Conque te has batido con Gayarre? Y ¿dónde ha sido? Y ¿por qué ha sido? Y ¿cómo ha sido? Y ¿qué ha pasado? ¿Te ha herido él? ¿Le has herido tú?

A todo esto observaba yo que mi negativa producía una verdadera decepción. Hombre ha habido que desde que le asoqué que no me había batido con Gayarre, ni había tales carneros, no ha vuelto á saludarme.

Y ¡demonio! como esto de perder uno las amistades por no haberse batido con Gayarre, me hace muy poca gracia, debo declarar, y lo declaro solemnemente, que sí, sí y mil veces sí. ¡Me he batido con Gayarre! ¡Me he batido con Gayarre! ¡Y me he batido con Gayarre! ¡Pues no faltaría más sino que no me hubiera yo batido con Gayarre!

Quería ocultarlo, quería conservar para mí solo, dentro de mi corazón, ese hecho admirable que como timbre de gloria dejo á mis descendientes.

Quería, por un resto de egoísmo pudoroso, vivir en la soledad de ese recuerdo impenetrable como la leyenda de los caballeros del San Graal; quería saborearlo á mis anchas, en la esfera del subjetivismo más refinado.

Pero ahora todo es inútil. Voy á romper la virginidad á ese secreto, voy á revelarlo á los mortales atónitos. *O vos omnes qui transitis per viam*: devolvedme vuestro saludo y escuchad.

La cosa pudo suceder del modo siguiente:

Yo subía á visitar á la Kupfer, y él bajaba. Me lanzó una mirada de odio, yo le lancé dos, nos agarramos, nos dimos de morradas de la manera más prosaica y brutal que imaginarse pueda, rodamos por las escaleras, nos hicimos unos cuantos chichones, él se levantó, me levanté yo también, él se sacudió la levita, yo la americana, se fué á su casa, yo á la mía y Cristo con todos.

Poco poético, ¿eh? Lo siento mucho, pero la cosa no tuvo más poesía.

Al día siguiente vino á visitarme Luis Carmena; pero ¡qué Carmena! Yo que estoy acostumbrado á ver siempre á mi amigo con hongos, paveros y cazadoras que echan lumbre, me lo en-

EL SEÑOR DE LOPEZ



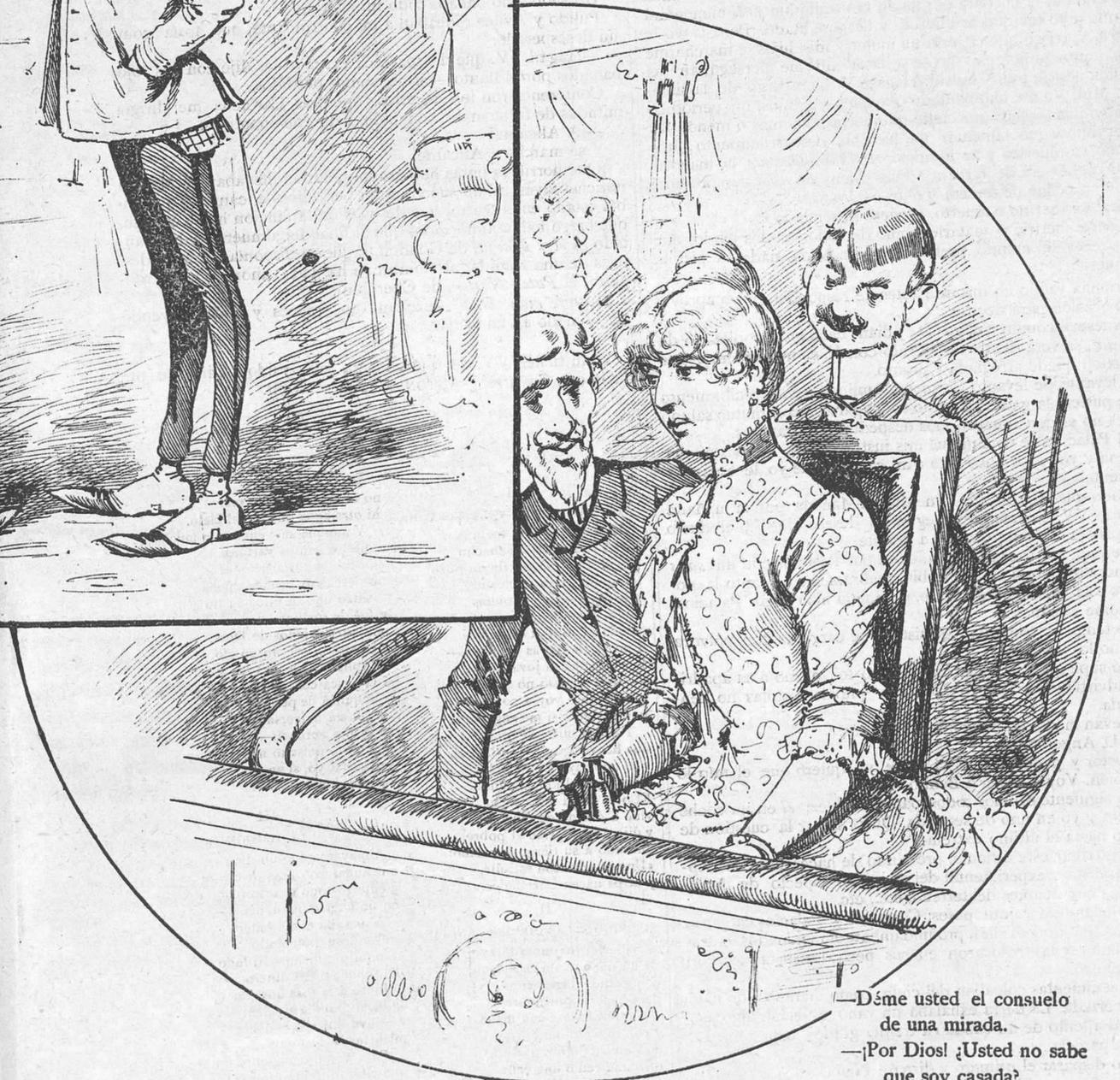
—Pero ¿has visto ese López
qué suerte tiene?
Una mujer muy guapa
que le conviene,
y una corista
que le va a querer mucho
si la conquista.



—Mira que pirrarme yo
por López... ¡vaya un vejete!
No me conquista, ¡eso no!
Cuando traiga el brazalete
le despacho, y se acabó.



—López anda rondando
los bastidores,
y llevando a una chica
ramos de flores.
Esta es la hora
de echar un parrafito
con su señora.



—Déme usted el consuelo
de una mirada.
—¡Por Dios! ¿Usted no sabe
que soy casada?
—Perfectamente,
pero es el señor López
insuficiente.

contré rígido en mi despacho, con la gabina en la mano y apriionado en una levita correctamente abotonada desde el pescuezo hasta la cintura.

—Amigo Peña—me dijo con voz cavernosa,—siento en el alma visitar á V. por un motivo algo enojoso. Después de los sucesos de ayer, urge una determinación á la que no se niegan nunca los caballeros. Es necesario que se retracte V...

—¡Retractarme yo!—contesté.—¿De qué? ¿De los chichones que tengo en la cabeza? Que se retracte él de los suyos y quedamos en paz.

—No se trata de eso—prosiguió D. Luis.—Aquella mirada...

La verdad, lo de la mirada me sulfuró, y grité sin poderme contener:

—¿La mirada? Conste que yo no me retracto, que no me retractaré jamás de la mirada. Y tómelo V. por donde quiera.

—Entonces, habrá que ir al terreno.

—Adonde á V. se le antoje. Nos batiremos, sí, señor, y nos batiremos á muerte, á pistola, á diez pasos y avanzando, y caiga el que caiga, y...

—No se sulfure V., hombre—interrumpió Carmena.—A sable y á primera sangre, creo que bastaría.

—¡A sable!—contesté.—Jamás, jamás, jamás. Oígame V., amigo Carmena, aquí hay que equilibrar los términos. Si me bato á sable y él me hiere, tal día hizo un año. Como yo no pinto nada en el mundo, se quedará el mundo tan tranquilo y él aumentará su fama y yo me quedaré herido y desacreditado. Pero si yo le hiero á él, tengo que coger á mi mujer y mis hijas y marcharme á los quintos infiernos y no sé si hasta allí me perseguirán las maldiciones de todo Madrid. Hágase V. bien cargo de la situación. Mire V.; me han contado que hace tres años, un periódico de provincias insertó un suelto que decía poco más ó menos así: «Ayer hubo que lamentar un horrible descarrilamiento, que produjo 12 muertos y 22 heridos. *Afortunadamente* la mayoría de los coches era de tercera.» Pues bien; en el caso presente yo soy un coche de tercera y él un *Sleeping-car*.

Entre ser herido ó muerto, prefiero lo segundo.

Y entre herirle ó matarle, como de todos modos tendré que desaparecer del mundo, prefiero matarle. Nada, nada, á pistola y á muerte.

Carmena vaciló un instante antes de responder, y yo aproveché la ocasión para decirle:

—Nuestro común amigo D. Julián Palacios, propietario de *La Lidia*, se verá dentro de un rato con V. en nombre mío. Que la cuestión quede arreglada y pronto.

Me levanté, se levantó Carmena, supliqué en el recibimiento que se pusiera la gabina para no constiparse y con mutuo saludo un sí es no es ceremonioso, nos despedimos entrambos.

Vi á Palacios, le comuniqué mis instrucciones, se avistó con Carmena y volvió al poco rato á mi casa donde yo le esperaba impaciente.

—Todo queda arreglado—me dijo.—Mañana por la mañana se batirán VV. en Aranjuez. Según los deseos de V., el duelo será á pistola, á veinte pasos y á muerte.

La verdad; al oír esta noticia, dada por Palacios con un *sans facon* increíble, confieso que debió quebrármese un tanto la color; pero esta emoción duró poco, porque la hizo cesar Palacios, diciéndome al paño:

—No tenga V. cuidado. Las pistolas se cargarán con pólvora sola; él no lo sabe.

Luego supe que Carmena había dicho lo mismo á su apadrinado, advirtiéndole que yo ignoraba que las pistolas no tendrían bala.

—¿Llevan médico?—pregunté á Palacios.

—Sí. D. Angel Pulido.

—¿Doctor y periodista? Está bien; yo quiero que el mío lo sea también. Voy á avisar á Benito Avilés.

Al día siguiente salimos todos para Aranjuez; él en un coche de primera y yo en uno de segunda. Quise llevar la cuestión de equilibrio hasta el último extremo.

Por no alargar este artículo, prescindo de hacer una descripción naturalista y experimental del viaje, del aspecto de Aranjuez, de las condiciones del terreno, etc., etc.

Nos colocamos á veinte pasos; Carmena y Palacios cargaron las pistolas; Pulido y Avilés, profundamente emocionados, cruzaron sus manos y las colocaron en sus pechos respectivos, y el duelo comenzó.

Nubes cenicientas colgaban del cielo, como harapos de café en leche cortada. La tierra exhalaba un vaho especial, algo así, parecido al aliento de un caballo á treinta grados bajo cero. La naturaleza parecía....

Me tocó disparar el primero y disparé. Nada.

Disparó él en seguida. Nada.

Pulido y Avilés se echaron encima.

—Basta—dijeron.—El honor está satisfecho. El acto debe darse por terminado.

¡No lo hubieran dicho nunca! Ambos á dos, él y yo, nos lanzamos sobre los médicos, gritando:

—¡Qué honor, ni qué niño muerto! De aquí no se menea nadie, hasta que uno de los dos quede reventado. ¡Adelante!

Pulido y Avilés se miraron asombrados de nuestro valor. Carmena se sonrió y Palacios me guiñó un ojo. El duelo continuó. Pum, pum, pum; tira que tira y siempre ilesos.

Al duodécimo disparo, vinieron unos campesinos á preguntarnos si estábamos matando alondras con espejuelo. Al vigésimo tiro, Carmena y Palacios tenían los brazos llenos de agujetas á fuerza de cargar las pistolas.

Avilés y Pulido murmuraban estupefactos:

—¡Qué valor, y qué puntería!

Al tiro trigésimo cuarto se habían acabado las municiones, y nos asfixiaba el humo de la pólvora.

Cierta cantidad de este humo se introdujo en la garganta de él y le produjo una tos intensa. Sentí que se me erizaban los cabellos.

—¡Dios mío!—exclamé.—¿Se irritará con ese humo su bronquitis y tendrán que desaparecer de los carteles *Lucrezia* y *La Africana*?

Un sudor frío bañaba todo mi cuerpo.

Pulido y Avilés rodeaban á mi contrincante, que tosía como un desesperado.

—Hagan VV. que desaparezca esa tos—les dije con los ojos bañados por el llanto.—Si no, somos perdidos.

Conferenciaron los doctores, mientras Carmena me dirigía miradas de furor mal disimulado, y dijeron unánimes:

—¡A Alicante!

Y se marchó á Alicante.

¡Qué horribles horas he pasado mientras llegaban á Madrid noticias tuyas! Al fin supe por los periódicos alicantinos que había estado en el teatro, que después de la función había cenado, que luego había almorzado, que al final del almuerzo había cantado el *Ave María*, de Gounod, y que se disponía á cantar después de una comida (al hombre le ha dado ahora por lo religioso) el *Pater Noster*, de Cherubini!

¡*Sauvé, mon Dieu!*—exclamé en francés y todo, cayendo desplomado en una silla.

Y ahí tienen VV. de qué manera ha podido verificarse mi duelo con Gayarre!—ANTONIO PEÑA Y GONÍ.

FÁBULAS

I

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA

El día en que la fortuna habló con aquel muchacho que junto al brocal de un pozo tranquilo estaba roncando y le dijo:—Si te hubieras caído, gran mentecato, siendo tú solo el culpable, á mí me hubieras culpado,—le respondió el jovencuelo:—Hija, por eso no paso; y un cuento voy á contarte por que veas si me engaño:

Puso la misma gallina dos huevos gordos y blancos, y el uno cayó en un lecho de paja, mullido y blando. El otro en el duro suelo vino á dar desde muy alto, y dijo al romperse el pobre, mirando á su tierno hermano: «Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados.»

II

EL GENIO Y LAS CIRCUNSTANCIAS

Salieron los moradores de un pueblo, sin excepción, con grande disposición para hacerse pescadores.

Y aplicándose con maña y con ingenio infinito, uno inventaba un garlito, otro una red ó una caña.

Mas era inútil su anhelo, porque en toda la comarca

no había río, ni charca, ni otra agua que la del cielo.

Y aunque su ciencia era mucha, aquellos santos varones con tantas disposiciones no pescaban ni una trucha.

Hizo uno de ellos su lío y fué de fortuna en pos por esos mundos de Dios, y encontró por fin un río.

Aplicóse luego el tal á la pesca con ardor, y adquirió de pescador una fama universal.

Y dijo entre sí:—¡Y pensar que tanto paisano mío sería cual yo, si un río tuviera donde pescar!

III

LA ILUSIÓN

Un avaro ganó un día un caudal en onzas de oro, y enterró todo el tesoro en un huerto que tenía.

Y pasaba el día entero creyéndose potentado, tranquilo y dichoso al lado del sepulcro del dinero.

Junto á la fosa querida se instaló al día siguiente y estuvo allí alegremente mientras le duró la vida.

Pues siempre el pobre ignoró que cierto infame ratero le robó todo el dinero el día en que él lo enterró.

JOSÉ ESTREMERÁ.

ORIENTAL

Personas: un asistente
y una fregatriz sultana;
hora y sitio, una mañana
en la plazuela de Oriente.

—Escucha mi amor, Ruperta;
mi toscó labio no acierta
á decir lo que te quiero;
¡ó árame, porque me muero,
ó tienes el alma muerta!

La que sembrando pasiones
destró los corazones
con tormentos inhumanos;
la que, *por gala*, en las manos
tiene hermosos sabañones.

La de los ojos de cielo,
la de labios de coral
dulces cual el caramelo;
la que usa en vez de pañuelo
la punta del delantal.

La reina de la belleza,
la que gracia y gentileza
va sembrando en su camino;
¡la del traje de merino
y pañuelo á la cabezal!

La dama por quien me muero;
la que con el alma quiero
y ví por primera vez

á través de su ajimez...
jabonando el fregadero.

Por quien diera Boabdil
mil cielos si fueran mil,
y de jinetes un ciento
por aspirar ese aliento...
de aroma de peregil.

La que va vertiendo sal
y donaire sin igual
porque ella es *el sol del mundo*.
(Nota: Felipe segundo
se agita en su pedestal.)

La de gracia peregrina;
la de semblante hechicero;
la de sonrisa divina;
¡la reina de la cocina!
¡¡la diosa del fregadero!!

La que... chica, últimamente;
mira á ver si casualmente
tienes á mano dos reales.
(Así son las *Orientales*...
de la plazuela de Oriente.)

JOSÉ BORRÁS.

A CARMEN

Ahora que vives, Carmen,
en la inocencia,
que es el mejor período
de la existencia;

ahora que te sonríen
los pocos años
é ignoras de la vida
los desengaños;

ahora que por tu frente
cruzan precoces
los dorados ensueños
y castos goces;

ahora que no presientes
más que venturas,
porque ignoras del mundo
las amarguras;

ahora que eres dichosa,
porque imaginas
que han de ser más las rosas
que las espinas;

ahora que de tus años
en los albores,

Agosto 16, 1885.

sólo ves en la vida
galanas flores;

apura las delicias
de tu inocencia,
¡porque es lo más hermoso
de la existencia!

Hasta hoy, encantadora,
según opino,
sólo has hallado flores
en tu camino.

Tal vez mi voz sincera
te cause enojos;
pero el mundo está, hermosa,
lleno de abrojos.

Son tus dichas completas;
y sin embargo,
anhelas, de seguro,
vestir de largo.

Escucha, Carmencita,
mi noble instancia;
¡demora cuanto puedas
tu dulce infancía!

EUSTAQUIO CABEZÓN.



Una advertencia muy importante:

Los señores que nos han pedido colecciones de 1883 tendrán la bondad de esperar unos cuantos días, por la sencilla razón de que se ha agotado el número 31 y hay que reimprimirle. De todos modos, en la semana próxima quedarán servidos los encargos.

Se venden tantas colecciones á fin de año, que nos quedamos sin números...

✱
Cuando bailo habaneras
con la Tomasa,
yo no sé á punto fijo
lo que me pasa;
pero es el caso
que me dan mareitos
y me propaso.
✱

Es usted un estuche,
niña Guerrero.
¡Olé por las actrices!
¡Viva el salero!



Libros.

Doña Perfecta, magnífica edición hecha por la casa Giraud, de la novela de Pérez Galdós, traducida al francés por Mr. Julien Lugol, que ha sabido conservar todas las bellezas de aquella joya de nuestra literatura.

Amor libre! se titula el tomo XXII de la Biblioteca *Demi-monde*. Es una novelita del género de las anteriores, alegre y picante... No digo más, porque me ruborizo.



En una cervecería
entró hace poco un enano
y pidió una chica fuerte
en alta voz al criado.

Y un andaluz que le oyó
dijo después de mirarlo:
—Vamos; ¡la chica será
para que le lleve en brazos!



A los militares les han concedido, además de aquello de las tiendas de comestibles, una rebaja del 50 por 100 en los billetes del tranvía y en las entradas de los teatros.

Cesarismo completo. Ahora sólo falta una cosa. Jamón con chorreras.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pan pringado.—San Fernando. — No desarrolle V. más improvisaciones.

Sr. D. J. M.—Madrid.—El soneto es *asaz* defectuoso.

Raul.—Madrid.—Las moralejas
son medianejas.

Sr. D. A. C.—Madrid.—Hay que tener muchísimo cuidado con las seguidillas aconsonantadas, porque á lo mejor se mete un asonante en medio y ¡zás!

Sr. D. F. Z.—Valladolid.—Puede pasar.

Richard.—No contesto y acabamos más pronto.

Pchst.—No hacemos trato porque sobra gente.

Sr. D. R. P.—Valladolid.—Si Consuelo ha leído sus coplas, ¡qué desconsuelo para Consuelo!

Florite.—Madrid.—Nada sirve; absolutamente nada.

Sr. D. F. G.—Madrid.—¡Hombre! ¿Para qué hace V. esos juegos de ingenio, qué luego no resultan? Se le aprecia. ¡Pues no está V. poco enterado!

Sr. D. A. P.—Madrid.—Es lástima que la base de la composición sean las palabras técnicas... ¿Quiere V. más cariño?

Sr. D. A. S.—Murcia.—Un epitafio no es de la índole del periódico. Pero no está mal hecho.

Paco.—Ese sistema de hacer cantares es sencillísimo y por lo mismo tiene poca importancia.

Sr. D. M. A.—Espiel.—Fuera de época, y sucio el final.

Sr. D. J. L.—Barcelona.—No está mal para ser la primera, pero es impublicable.

Otro.—Zaragoza.—Eso no sirve.

Sr. D. R. B.—Madrid.—Se aprovechará algo.

Sr. D. D. R. A.—Madrid.—Es cosa de niños.

Sr. D. A. S.—Madrid.—Flojito y largo.

Sr. D. J. J.—Madrid.—Carece de interés.

Sr. D. L. L.—Barcelona.—¡Si viera V. qué forzado resulta el chiste!

Sr. D. E. V.—Madrid.—Tampoco eso de los álbums tiene interés.

Sr. D. C. S.—Santander.—¡Ay, qué mediano!

Yo.—Burgos.—Idem id. id.

Regordete.—Madrid.—Idem id. id.

Sr. D. V. F.—Madrid.—Si es improvisación, puede pasar; pero á tal punto llevada...

Sr. D. L. P.—Madrid.—Mala. No están contadas las sílabas.

Cimitarra.—Zamora.—Sistema antiguo y que no tiene gracia.

Sra. D.^a J. O.—Sevilla.—Trabajo inútil, porque ha dejado V. algunos párrafos peor que estaban. Ejemplos: «Muy acompañados á disponerla,» «que casábamos su honra,» «el primer término bailado,» «aplauzo de tempestades,» «se abrió opuestamente...» ¿Se ha convencido V.?

Sr. D. A. R.—Madrid.—¡Nada! Eso es.

Sr. D. A. C.—Madrid.—Sirve... ¡gracias á Dios!

Sr. D. M. S. P.—Madrid.—Hombre, diré á V., esas cosas de álbum, francamente...

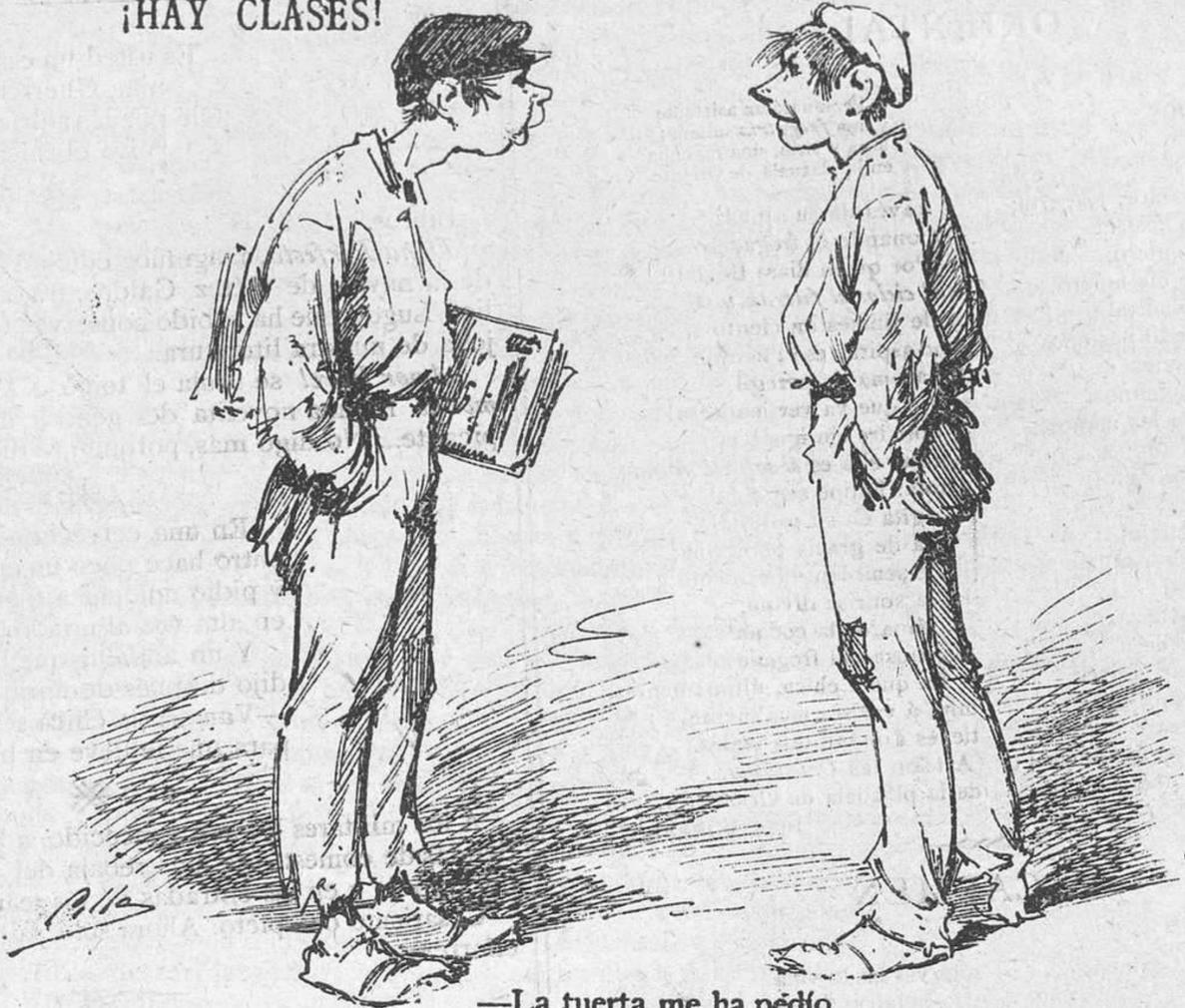
Sr. D. A. T.—Salas.—Non possumus.

Sr. D. E. B.—Madrid.—Tampocum.

Sr. D. C. R.—Madrid.—Esos «consejos de un aguador» ¿son de aguador de verdad?

MADRID, 1886.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo

¡HAY CLASES!



—La tuerta me ha pedido
la boda por delante.
—¡Andal! ¡Pus ya lo creo!
¡Como eres comerciante!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10
Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven
si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus
pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos
de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á
fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfe-
cho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

BIBLIOTECA FESTIVA

FOR

FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENSA.—Tomo I. VIVIR PARA REIR

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja.

Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo, izquierda.—Madrid
Se admiten suscripciones y anuncios

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre, una peseta para los suscritores
en toda España.

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO á todos
los suscritores del MADRID CÓMICO.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.
Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redac-
tado é ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.
A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les re-
mitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.
Los que lo sean sólo del *Madrid Político* deberán atenerse
á las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA